

# NINFAS, FAUNOS, UNICORNIOS

## Y OTROS MITOS CLÁSICOS

Francisco Domene



TUS LIBROS

CUENTOS Y LEYENDAS

ANAYA



*La Quimera<sup>1</sup> y el domador de Pegaso:  
la historia de un malentendido*

Al aproximarse a la ciudad, el parpadeo de los últimos rayos del atardecer hizo que las pesadas placas de bronce del coloso destellaran como escudos recién pulidos para una batalla. La altura de la cabeza debía alcanzar ciento cincuenta codos<sup>2</sup> y su envergadura no era menor de setenta. El brazo derecho sujetaba una copa descomunal que servía de pibetero donde, a esas horas, cuatro hombres acomodaban cargas de leña para encender el fuego que habría de guiar a las embarcaciones durante la noche. El espejo metálico, que luego proyectaría la luminosidad de la hoguera, ahora reflejaba los débiles hilos del sol poniente. Era la primera vez que Hipónoo navegaba hasta Rodas y, contemplando la enorme estatua del dios Helios, pensó que solo los cíclopes mayores o el propio Hefesto habrían podido construir tal maravilla. Los remeros alzaron las palas y la nave aminoró su marcha para pasar entre las piernas abiertas del coloso, que se elevaba sobre los dos espigones<sup>3</sup> de entrada a la ensenada. Dos plataformas de bloques de vidrio, ensamblados con plomo fundido, le servían de cimientos. En cada talón se abría una portezuela por donde los mantenedores abastecían de combustible al extraordinario faro. Pronto anochecería. Gradualmente

---

<sup>1</sup> En el «Glosario», al final del libro, se recogen algunos de los lugares y personajes mencionados en el texto; también remitimos a este para ampliar información.

<sup>2</sup> Unidad de longitud. En Grecia equivalía a unos 47 cm. (Nota del autor).

<sup>3</sup> El espigón es un muro grueso construido para proteger las aguas de un puerto.



iban prendiéndose las antorchas del puerto y algunas más en las calles contiguas. Derivaron a babor<sup>4</sup> unas cien brazas<sup>5</sup> y, junto a una de las escolleras<sup>6</sup>, amarraron el barco y se dispusieron a pasar la noche para reempezar el viaje con la primera luz del amanecer.

El joven Hipónoo se palpó el pecho para comprobar que la carta del rey Preto continuaba en su bolsillo, y se tendió en cubierta. El olor a pescado condimentado que salía de las cocinas cercanas le recordaba su infancia en Corinto. Con los ojos humedecidos pensó en su madre, Eurímede, y en su padre el inflexible rey Glauco. Y, como cada noche antes de quedarse dormido, se acordó de Belero, su hermano muerto, al que él mismo mató accidentalmente. La memoria le torturaba. Jamás se perdonaría. Era un dolor físico. En su interior sentía un perro mordiéndole las tripas.

—¡Eh, Hipónoo! —le dijo el capitán del barco—. ¿Nos acompañas? Hemos mezclado vino. ¡Acércate! ¡Roguemos a los dioses que mañana nos otorguen olas mansas y una navegación propicia hasta Licia!

El joven se aproximó al puente de mando. Sobre un mantel había frutos secos, dulces, miel y queso. Tomó una copa, la llenó en la cratera<sup>7</sup> y sorbió el contenido solo una vez.

—¡Por el favor de los dioses! —brindó.

—Come algo, si quieres —le animó el capitán.

Hipónoo agradeció el ofrecimiento, sin aceptarlo, y se fue a tumbarse en el mismo rincón de la cubierta. Una vez más se tentó la carta y, una vez más, recordó su casa. Por muchos años que pasaran no podría olvidar el infame griterío de sus conciudadanos

<sup>4</sup> Lado o costado izquierdo de la embarcación mirando de popa a proa.

<sup>5</sup> Unidad de longitud. En la actualidad equivale a dos varas, o 1,70 m; pero en la Antigüedad equivalía a 1,90 m, aproximadamente. (Nota del Autor).

<sup>6</sup> Conjunto de bloques de cemento que se depositan en el fondo del mar para proteger un dique o espigón de la acción del oleaje.

<sup>7</sup> Vasija donde se mezclaba el vino con agua antes de servirlo.



llamándole asesino, ni la sentencia de su propio padre condenándole al destierro, ni la despedida de su madre, que lloraba a las puertas del templo de Apolo. Fue lo último que vio antes de huir hasta Tirinto, el reino de Preto, al que llegó como suplicante buscando una patria nueva y una compasión que consideraba inmerecidas. «¡Asesino! ¡Asesino! ¡¡Asesino de Belero!!», repetía su corazón cuando se quedó dormido.

El remordimiento le perseguía. De continuar así iba a volverse loco. Las temibles erinias lo acompañaban a donde quiera que fuese. Las temía más aún que a los dioses; y entre ellas a Tisífone, la encargada de castigar el fratricidio. Era horrible: cara de vieja arrugada y cuerpo de perro, con serpientes enroscadas en los cabellos y sangre manando de los ojos. En cuanto se quedaba dormido, se aparecía revoloteando con sus sucias alas de murciélago y lo azotaba furiosa llamándole asesino. Junto con sus hermanas Alecto y Megera eran vengadoras implacables del perjurio, la violación de la hospitalidad<sup>8</sup> y sobre todo de los crímenes contra la familia. Perseguían a los culpables hasta la locura, y más allá de la muerte. Eran justas pero sin piedad. Ni plegarias ni ofrendas las conmovían, a menos que el criminal encontrase a alguien que le perdonase.

El trayecto hasta el puerto de Janto, al sur de la región de Licia, no duró más de medio día y lo hicieron con viento favorable y la mar en calma. Hipónoo ayudó a desembarcar las ánforas<sup>9</sup> de vino de la Argólida que transportaban y, una vez terminada la faena, se despidió de las gentes del barco y continuó a pie unos treinta estadios<sup>10</sup> hacia el interior. Era la distan-

---

<sup>8</sup> Los griegos antiguos creían que un extraño podía ser un dios y por eso eran extraordinariamente amables con él. Por eso la ley de la hospitalidad tenía carácter sagrado e inviolable. (Véase Glosario).

<sup>9</sup> Recipiente cerámico de gran tamaño con dos asas y un largo cuello estrecho. El volumen medio que podían contener era entre 25 a 30 litros. (Nota del Autor).

<sup>10</sup> Medida de longitud griega equivalente a unos 174,125 m.



cia que separaba el puerto de la ciudad donde el rey Yóbates había establecido su corte. El camino transcurría paralelo al río y saltaba sobre recios puentes para sortear las escarpaduras. La caminata le resultó agradable. Unos mercaderes llevaban su misma dirección, conduciendo una recua<sup>11</sup> cargada de aceite, e iban contando las historias más asombrosas que hubiera oído jamás. Los unos se reían de los chismes de otros y así avanzaban distraídos.

—...Y me han dicho que —acabó su perorata uno de los más viejos, cuando ya estaban cerca de la ciudad—, desde hace un tiempo, anda por estas tierras un terrible monstruo de tres cabezas.

—¿Tres cabezas? —se carcajeaba otro—. ¡Si juntamos todas las de ese monstruo, la tuya es aún más grande y fea; viejo mentiroso!

A Hipónoo le impresionó la vista de la ciudadela. Janto era una fortaleza sobre una colina, con dos anillos de murallas ciclópeas<sup>12</sup>. A dos estadios de la entrada encontraron el primer puesto de guardia. El siguiente estaba en el acceso de la primera muralla y aún había un tercero en la segunda. Los dos primeros los pasó sin dificultad, confundido en medio del grupo de mercaderes. Pero en el último, la inspección fue más minuciosa. Detuvieron la caravana, examinaron los carros, destaparon las bocas de las ánforas y exigieron que cada uno de los hombres se identificase.

—Soy Hipónoo, hijo de Glauco —les informó el joven cuando le llegó el turno, poniendo una mano en el pecho a la altura de su bolsillo interior—. Vengo a ver a Yóbates. Le traigo una carta de parte de su yerno Preto, rey de Tirinto.

—¡Sígueme! —le ordenó uno de los soldados.

<sup>11</sup> Conjunto de animales de carga.

<sup>12</sup> Construidas con enormes bloques de piedra superpuestos y, generalmente, sin argamasa.



Tuvieron que transitar por una serie de patios cerrados, varios pasadizos y atravesar dos puertas en forma de H, antes de alcanzar la plaza de la ciudad. Desde allí avanzaron hasta la escalinata de acceso al pórtico del palacio. Los dos hombres armados que guardaban la entrada les dejaron pasar sin oposición.

—¡Espera aquí!— le ordenó el soldado, y se fue dejándolo solo en el salón del trono.

Al momento, por una puertecita de la pared principal, entró el rey Yóbates. Lo acompañaban un hombre viejo, de aspecto respetable pero con una expresión entre taimada y burlona en el rostro, y una bella joven de maneras delicadas.

—¿Eres tú el mensajero de mi yerno? —le preguntó afablemente Yóbates.

—Yo soy —les dijo—. Mi nombre es Hipónoo, hijo de Glauco de Corinto.

—¿Entonces eres tú el asesino de Belero? —le preguntó a bocajarro el viejo.

—También yo soy ese —reconoció, sin pestañear. Tragó saliva. Apretó los dientes y añadió—: Dejé mi casa y encontré amparo en la de Preto. A él sirvo, con gratitud, y él me envía a traerte esto —y le entregó a Yóbates la carta sellada con la marca de su yerno.

—El que viene en nombre de Preto es bien recibido en mi reino —dijo Yóbates, lanzando una mirada de desaprobación al viejo insolente. Luego le dio la carta sin abrirla a la joven, se aproximó a Hipónoo y le abrazó afectuosamente en señal de bienvenida—. Si él te acogió y te disculpó los errores que hubieras cometido en el pasado, yo te ofrezco mi hospitalidad. Desde hoy puedes contar con mi amistad, mi respeto y, si acaso llegases a requerirla, con mi justicia.

Le presentó al viejo como Poliido, adivino y consejero; y a la bella muchacha como Filónoe, su hija menor; y, durante nueve días, hubo festejos en honor al recién llegado. Las gentes de Janto, como la mayoría de los griegos, creían que cualquier extraño podía



ser un dios que fuese de paso y por eso solían ser extraordinariamente amables con él.

En ocasiones, Filónoe actuaba como anfitriona en ausencia de su padre, ya que su madre había muerto años atrás, y entabló con Hipónoo una inocente complicidad. Se hacían confidencias y se divertían juntos.

—El viejo Poliido es todo un personaje —le dijo la muchacha una vez, que trataba de disculpar al adivino por el modo en que se comportó el primer día con su invitado—. Nadie diría de él que es un tipo discreto, sino todo lo contrario: es un impertinente, pero lo es por principios. Nunca miente. ¡Y, además de adivino, resucita a los muertos!

Ambos estaban reclinados en el mismo diván, y compartían la misma mesita que los sirvientes proveían de tanto en tanto con exquisiteces variadas. Filónoe se veía hermosa con la larga cabellera ondulada coronada con una guirnalda de flores.

—¿A los muertos? —dudó Hipónoo, en tono de broma—. ¿Y no resucita a los vivos?

—¡Ay, no te burles de mí! —se enfurruñó Filónoe. Sus enormes ojos negros destellaron con un brillo ingenuo—. ¡De veras, resucitó al hijo del rey de Creta! Un hijo de Minos se perdió y el rey encargó al adivino que le encontrase. Pero cuando dio con el paradero del niño lo halló ahogado en una tinaja llena de miel. Entonces Minos ordenó que encerrasen a Poliido en la tumba con el cadáver del chiquillo y, a la mañana siguiente, salieron los dos caminando como si nada hubiese sucedido. ¿No me crees?

Hipónoo no insistió. Cogió un puñado de garbanzos tostados y, con una sonrisa sardónica<sup>13</sup>, se los echó a la boca.

Las largas conversaciones, las adivinanzas y los bailes se sucedieron hasta la mañana del décimo día,

<sup>13</sup> Risa afectada y que no nace de alegría interior.





justo hasta el momento en que Yóbates abrió la carta que Hipónoo le había traído desde Tirinto.

Tras la lectura del mensaje, la cara del rey se transformó. Una mueca de preocupación le oscureció el semblante. Estuvo tentado de ir hasta el muchacho y atravesarle el corazón con su espada. Pero él mismo no podía matar a quien había ofrecido su afecto. Eso habría desatado contra sí y contra su pueblo la cólera de los dioses: la de Hermes, protector de mensajeros y viajeros, y la de las terribles Erinias por violación de los deberes de hospitalidad.

Sin embargo, el contenido de la carta de Preto le obligaba: Hipónoo debía morir. La solución era, pues, hacer que muriera, sin tener él que mancharse las manos de sangre. Y, desde luego, no tuvo que pensar mucho para decidir cómo lo conseguiría.

El rey esperó a que terminase el último banquete y, luego, llamó al muchacho a su presencia. Esta vez lo recibió sentado en el trono, marcando distancia, sin el mínimo rastro de la efusiva afectividad con que lo recibiera a su llegada.

—Hipónoo, querido amigo —le mintió—: Preto me dice en su carta que eres un valiente y que, sabedor de los males que asolan mi reino, te ha enviado para que nos ayudes.

El muchacho contempló a un Yóbates circunspecto y apesadumbrado. Sentía por él una sincera simpatía y se consideraba en deuda por el modo en que lo había acogido.

—¿Qué males son esos? —le preguntó.

—La Quimera, hija de Tifón y de la monstruosa ninfa Equidna, destruye nuestras tierras y no nos permite vivir en paz. Recorre los campos aterrorizando a las poblaciones, y con su aliento de fuego mata a hombres y mujeres, asola las praderas fértiles, devora el ganado y destruye las cosechas. He pensado que quizá eres tú el enviado por los dioses para darle muerte.



—¡Haré lo que me ordenes! —se ofreció lealmente Hipónoo—. Ni a ti, ni a Preto, podría negaros nada de lo que me pidierais. Tú ahora y él antes me habéis recibido como huésped y ofrecido los dones de vuestra amistad, a sabiendas de que mi padre me desterró. Te serviré fielmente, rey, y quizá con ello logre recuperar mi honor perdido.

—¡Tráeme las cabezas de ese monstruo! —le ordenó Yóbates, con la certeza de que le enviaba a una muerte segura.

Hipónoo pasó la noche en el templo de Atenea, orando a la diosa protectora de los héroes. Sabía que si ella le concedía su protección podría enfrentarse a cualquier peligro.

Allí fue a buscarlo el viejo Poliido.

—¡Menudo papelón, muchacho! —le dijo como saludo, guiñándole un ojo de complicidad—. ¡Nada menos que la Quimera! ¿Cómo la enfrentarás?

Su voz era áspera y ronca. Las palabras fluían de su boca silbando entre las dos mellas de las palas superiores.

—Ni idea —le respondió Hiponoo sinceramente.

—¿Tienes poderes especiales? ¿Acaso los dioses te protegen? Cincuenta hombres antes que tú han perecido cuando trataban de acabar con ella.

El joven se encogió de hombros.

—He venido a ver si Atenea se compadece de mí. Pero mataré a ese monstruo, aunque tenga que hacerlo con mis propias manos —afirmó con total decisión.

—Está bien, pensemos que Atenea se compadece de ti —le dijo el adivino, dirigiéndose hasta el altar de la diosa. Movi6 una losa, cogió una brida<sup>14</sup> de oro que estaba allí oculta, y se la alargó a Hipónoo—. Y pensemos que me envía para aconsejarte y ayudarte. Si haces lo que te digo, quizá tengas alguna oportu-

<sup>14</sup> Freno del caballo con las riendas y todo el correaje que sirve para sujetarlo a la cabeza del animal.



nidad. Lo primero que has de hacer es domar un caballo.

El joven cogió la brida de las manos largas y delgadas, casi translúcidas, de Poliido, sin entender por qué iba a perder el tiempo domando un caballo, cuando en las cuadras de Yóbates estaban los mejores sementales de la región.

—¿Es que no hay caballos en Licia? —bromeó, incrédulo.

El rostro arrugado del viejo sonrió pícaramente.

—Ninguno como Pegaso —le dijo.

—¡Nadie lo ha montado jamás! —se alarmó Hipónoo—. Todos los que lo intentaron, fracasaron o murieron. ¡Ni siquiera Perseo!

Todo el mundo sabía que Pegaso nació del cuello sangrante de Medusa<sup>15</sup>, cuando Perseo la decapitó, y que nadie había logrado domarlo. Voló hasta el Olimpo, nada más nacer, para ponerse al servicio de Zeus y únicamente bajaba a la tierra cuando era llamado por las musas o a beber en alguna de las fuentes de su preferencia.

—¡Claro! —se rio el desdentado Poliido—. ¡...Porque nadie ha usado antes esa brida! ¿No te he dicho que Atenea me envía? Mejor harías en creermelo. ¡Ah, y quizá también porque ninguno de los que lo intentaron eran medio hermanos del caballo alado!

Luego le explicó a Hipónoo que él y Pegaso eran hermanos de padre; que Glauco, a quien había considerado siempre su progenitor, se había casado con su madre estando embarazada de Posidón. Le dijo que debía regresar a Corinto, que encontraría al animal abrevando en la fuente de Pirene, a las afueras de la acrópolis; y que, a partir de ahí, improvisase. Y le hizo prometer que cuando todo terminase, si todo salía bien, cambiaría su nombre por el de Belerofonte, que en griego significa «Asesino de Belero», para que

---

<sup>15</sup> Lugar fortificado en la parte más alta de las ciudades griegas de la Antigüedad.



el nombre de su hermano muerto compartiese los honores que a él le estaban reservados.

Hipónoo estaba hecho un lío. No creía que el viejo fuese el enviado de Atenea; muy al contrario, pensó que se trataba de un farsante. Y, desde luego, en absoluto creyó que Glauco no fuese su verdadero padre. Aun así se puso en camino.

Embarcó en un mercante hasta Rodas y, desde allí, navegó hasta Kenchreai, en el golfo Sarónico, haciendo una escala de tres días en Pharos. Y, desde Kenchreai hizo el resto del trayecto a pie hasta Corinto. Le entristeció tener que esperar la noche para entrar a la ciudad donde nació, sin ser visto, pero sabía que el destierro que contra él dictó Glauco era pena de por vida. Amparado por las sombras, se internó por las desiertas callejuelas de la acrópolis y, pasada la fragua<sup>16</sup> de Aristón, llegó a la fuente de Pirene. Conocía bien el lugar.

Pensaba que era tan improbable que Pegaso apareciese allí y pudiese montarlo, como que Poliido hubiese resucitado al hijo de Minos. Lo que no encajaba en su razonamiento era la brida de oro que el viejo socarrón le había dado, salvo que formase parte de algún complicado plan que él no conocía. Durante siete días permaneció escondido entre los árboles, sin comer ni dormir. Y, al menos durante ese tiempo, las Erinias le dejaron en paz. Entre tanto, fabricó un arco y flechas con madera de roble y plomo de la escombrera de la fragua de Aristón e improvisó un carcaj<sup>17</sup> con una piel de gamo que encontró. Al atardecer del séptimo día, cuando ya estaba a punto de darse por vencido, apareció Pegaso.

El potente aleteo del caballo agitó las ramas de los árboles. Con las alas extendidas, el bellissimo animal descendió al borde de la fuente. El sol iluminaba la

<sup>16</sup> Taller donde se forjan los metales para trabajarlos.

<sup>17</sup> Funda para flechas.



tierra con un arrebol<sup>18</sup> cálido y suave. Era un ejemplar magnífico: blanco inmaculado, de una braza de alto hasta la cruz y dos de largo desde la grupa hasta la testuz<sup>19</sup>. El cuello esbelto y arrogante, las crines y la cola largas, sedosas y brillantes, las patas poderosas. Los ojos negros y las orejas pequeñas daban a su rostro una expresión de gran nobleza. Pero lo más extraordinario eran las alas de largas plumas blancas, que resplandecían con los reflejos rojizos del crepúsculo. La envergadura de cada una de ellas no era menor de dos brazas. Sin duda, aquel sí era un hijo del que Posidón debía sentirse orgulloso; y nadie mejor que él podría ser el encargado de transportar los rayos del mismísimo Zeus.

Hipónoo se le acercó. El corazón le palpitaba emocionado. Caminó con pasos suaves, cuidando de no hacer ruido para que el animal no lo viese. Sujetó la brida de oro con la mano derecha y, agarrándose fuerte a las crines con la izquierda, saltó al lomo. Pegaso reaccionó al instante. Bufaba y aleteaba furioso. Alzado sobre las patas traseras lanzaba ensordecedores relinchos. Saltaba y coceaba con tanto brío que el muchacho hubo de abrazarse con todas sus fuerzas al pescuezo de la bestia para no salir despedido por los violentos respingos, mientras trataba de todas las maneras de embridarle. Pero en cuanto el animal sintió la brida de Atenea en su cabeza, se calmó y aceptó de buen grado el peso de Hipónoo. Jinete y caballo resoplaron, sintiéndose ya el uno prolongación del otro, una misma entidad, un único ser. Por fin, sus corazones latían acompañados.

Hipónoo le acarició las crines, le dio dos palmadas en el cuello y, en cuanto pensó en volar, Pegaso se elevó. Pensó en beber y el caballo descendió lento

---

<sup>18</sup> Color rojo de las nubes iluminadas por los rayos del Sol.

<sup>19</sup> Frente o parte superior de la cabeza de algunos animales.



hasta la fuente. Arriba, abajo, adelante, deprisa, despacio, toda orden era obedecida sin que tuviese que pronunciarla. Hipónoo se sentía un centauro. Recogió sus armas, se cruzó el arco a la espalda y dijo:

—¡Hermano, tenemos un trabajo que realizar!

Seguidamente pensó en Licia, en la Quimera, y Pegaso ascendió hacia la bóveda celeste, moviendo las alas a la vez que trotaba en el aire como si corriese sobre tierra. Era el vehículo más rápido que haya existido jamás. Hipónoo observaba desde las alturas con admiración, sobrevolando ciudades y reinos, montañas y mares. Sonrió al acordarse de Poliido: si hasta entonces todo cuanto le dijo se había cumplido, quizá el viejo pícaro no fuese un farsante.

Amanecía cuando Hipónoo avistó al monstruo, que en ese momento regresaba a su madriguera en el monte Kargos. Y no le defraudó.

La Quimera era la perfecta representación del mal, un híbrido asombroso con tres cabezas que expelían fuego. La parte delantera del cuerpo era de león, acabado en dos poderosas zarpas, y los cuartos traseros de antílope. Dos de las cabezas, una de león y otra de macho cabrío con dos retorcidos y puntiagudos cuernos, arrancaban desde el tronco. La tercera era de dragón y le brotaba de la cola.

Era una misión suicida. Pero Hipónoo tensó el arco y cayeron sobre el terrible engendro en un picado vertiginoso. La Quimera se defendía, encolerizada. Saltaba poderosa sobre sus patas de antílope, tratando de empujar la panza del caballo y les lanzaba formidables llamaradas. Una y otra vez la sobrevolaron. El ágil Pegaso esquivaba con vuelos cortos y rápidos las deflagraciones, mientras el arquero lo asaeteaba in distintamente. Todo parecía inútil.

Las flechas se chafaban en la dura piel del espartajo, o rebotaban sin causarle el menor daño, hasta que una de ellas le entró por las fauces de león y se le clavó en la garganta. Su aliento de fuego fundió la





punta, y el plomo hirviente se deslizó perforando las entrañas de la bestia. De inmediato, se derrumbó revolcándose de dolor, abrasada por dentro y profiriendo bramidos aterradores, hasta ahogarse con sus propios vómitos de sangre. Entonces Pegaso descendió, el muchacho cortó las cabezas, y ambos volvieron a elevarse en el sosegado aire de Licia.

La escena siguiente fue espectacular. Nadie la olvidaría jamás. Comerciantes, niños, viejos, guardias, costureras, todos los que se encontraban en la plaza de Janto, a primera hora de la tarde, presenciaron el vuelo de Pegaso. Se quedaron tan impresionados, que nadie se atrevía casi a respirar. El caballo alado tomó tierra majestuosamente, frente a las puertas del palacio de Yóbates. Hipónoo descabalgó y, adelantándose unos pasos, arrojó sobre la escalinata las tres cabezas de la Quimera.

Los gritos de admiración rompieron el silencio, y la noticia corrió como la pólvora. Antes de que el rey tuviese tiempo de salir, avisado por la guardia, la muchedumbre atestaba ya la plaza. Unos lanzaban flores al héroe, otros chillaban de júbilo. Los niños rodeaban a Pegaso con las bocas y los ojos muy abiertos.

—¡Honra al libertador! ¡Honores al matador de la Quimera! —clamaban.

—¡Hipónoo, amigo! ¡Hermano! —lo abrazó el rey, lleno de estupor y disimulando la contrariedad que le producía volver a verlo—. ¡Sabía que los dioses te enviaban!

Filónoe, la hija de Yóbates, lo abrazó también, pero su abrazo fue más largo, más íntimo, más verdadero. Y hasta el viejo Poliido pareció alegrarse por su regreso. Le guiñó el ojo, chascó la lengua y murmuró:

—¡Bonita brida, muchacho!

Hipónoo se sentía feliz, más que en toda su vida. En palacio se celebró un banquete para festejar la muerte del terrorífico monstruo. Habilitaron una de las estancias como cuadra para Pegaso, y al héroe lo





colmaron de agasajos y cortesías. Durante la tarde y gran parte de la noche, en toda Licia se escucharon cantos y alabanzas. Sin embargo, Yóbates tenía un nudo en el corazón. Por una parte se alegraba sinceramente por la desaparición de la Quimera pero, a la vez, se sentía decepcionado porque el muchacho hubiese sobrevivido.

Pensó una nueva solución.

—He comprobado que eres invencible —le dijo durante la cena, forzando tanto el tono de lisonja, que sonó casi falso—. ¡Los dioses te protegen, muchacho!

—Atenea me ha guiado en la victoria —reconoció con humildad Hipónoo—. No tengo más mérito que el de glorificar a los dioses y agradecerle a ti tus favores.

—No quisiera abusar de tu lealtad —comenzó a decir con reticencia el rey—, pero..., si pudieses..., viendo que nada puede vencerte... Hay un asunto...

—¡Estoy a tus órdenes, Yóbates! Mándame lo que desees.

—..Te hablé de males que asolaban mi reino... ¿Recuerdas?

—Desde luego.

—...Males, en plural... «...Males» —sonrió afligido Yóbates—. La Quimera solo era uno de ellos. Bien, resulta que mi pueblo y yo sufrimos continuos ataques de varios enemigos. La riqueza del reino atrae muchas envidias. Y la envidia se vuelve rivalidad; y la rivalidad, hostilidad... Hay dos pueblos vecinos que nos traen de cabeza —le informó—. Los sólimos, gente fiera, ladrones de la peor calaña, que acechan en las montañas a viajeros y comerciantes; y las amazonas, que nos roban los caballos y raptan a nuestras mujeres para llevárselas a engrosar su ejército.

—Dime qué debo hacer —se ofreció una vez más Hipónoo.

—¡Acabar con ellos! —le ordenó, con la esperanza de que fuera él quien se acabase de una maldita vez.



—¿Cómo daré con tus enemigos, Yóbates?

—¡Eso déjalo de mi cuenta! —intervino el viejo adivino, con fanfarronería—. Yo te diré todo lo que necesitas saber.

Los sólimos cayeron en un abrir y cerrar de ojos. No debían de ser más de un centenar, y desorganizados. Nuestro héroe los encontró exactamente donde le había indicado el adivino Poliido, guarecidos en las cuevas de las montañas, como chacales. Eran valientes y atrevidos en grupo, como los animales de presa, pero de a pocos resultaron ser más bien cobardes. Fue ver a Pegaso y la mitad de ellos corrieron despavoridos, abandonando enseres y el fruto de las últimas rapiñas. Y los que se atrevieron a presentar batalla fueron diezmados<sup>20</sup> por las flechas de Hipónoo. En solo tres pasadas rasantes acabó con la amenaza sólima y hasta liberó a un comerciante que los ladrones tenían secuestrado. Resultó ser el viejo mercader con el que hizo el camino desde el puerto a la ciudad de Janto, el primero al que oyó hablar de la Quimera.

—¡A ti te conozco! —exclamó complacido el viejo—. ¿Cuál es tu nombre? ¿A quién debo agradecer mi salvación?

El joven Hipónoo caviló un momento, antes de responderle. Recordaba la promesa que le hizo al adivino y se sentía orgulloso de sí mismo. No era para menos. Todo lo que se había propuesto, lo había realizado. Contaba con la protección de Atenea, a la que había ido a orar otra vez antes de emprender esta nueva aventura, y con los sabios consejos de Poliido quien, no se sabe bien porqué, casi siempre acertaba con sus predicciones. Y, a lomos de Pegaso, se sabía invencible. Había salvado tantas vidas inocentes que se consideraba en paz con sus muertos. Pensó que ya era el momento de que el nombre de su hermano compartiese con él los honores de sus hazañas.

<sup>20</sup> Diezmar significa causar un elevado número de bajas.



—¡Amigo, coge ese jamelgo y regresa a Janto! —le dijo, señalando uno de los animales abandonados por los que huían—. A quien te pregunte, di que Belerofonte te ha liberado. No lo olvides, viejo: ¡Cuéntales a todos que el asesino de Belero, el mismo que mató a la Quimera, ha vencido a los sólimos y te ha salvado!

Y ahora debía terminar con las amazonas, para poder disfrutar de las mieles del triunfo y de la fama que la nueva gesta le proporcionaría. Saltó sobre Pegaso y volaron veloces en dirección norte. Sin embargo esta aventura no le iba a resultar tan sencilla. Así se lo había advertido el presuntuoso adivino, antes de partir de Janto.

Las amazonas eran una nación de mujeres guerreras que formaban un auténtico ejército bien adiestrado. Solían habitar en las orillas del Ponto Euxino<sup>21</sup>, pero frecuentemente hacían expediciones al sur. Mataban a los hombres, capturaban a las mujeres y se proveían de ganado, riquezas y metales para fabricar armamento. Eran duras, muy duras. Desde niñas se entrenaban únicamente para la guerra, sometándose a duros ejercicios tanto físicos como mentales. Y eran fuertes, muy fuertes. Lo mismo atravesaban a nado ríos torrentosos, que subían montañas a la pata coja. Y eran tan brutas que muchas se extirpaban un pecho para manejar con mayor destreza el arco y las flechas. Sin duda, su excelente puntería era padecida por todos sus adversarios.

Las encontró en la frontera con Pisidia, junto a un gran lago de sal. Guiaban una manada de potros y una recua de mujeres encadenadas. Su aspecto era feroz. Curtidas por el sol, marcadas de profundas cicatrices, musculosas, sucias. Caballo y jinete dieron una primera pasada; y, de inmediato, ellas se dispusieron en formación de batalla.

---

<sup>21</sup> Actual Mar Negro.



—¡A las armas! —las alertó la reina Termodosa—. ¡Nos atacan!

Una veintena hizo un círculo para proteger el botín y las demás se apartaron para atraer contra sí al enemigo distribuyéndose en cuatro hileras. Dos de pie, espalda contra espalda; y, delante de cada una de estas, otra hilera con las rodillas en tierra. Pegaso se remontó al tiempo que las guerreras disparaban su primera andanada. La lluvia de flechas ocultó el sol por un instante. En la siguiente pasada, Hipónoo hirió a Termodosa en un muslo, pero Pegaso tuvo que maniobrar acuciosamente para que la nueva ráfaga de las amazonas no les impactase de lleno.

—¡Al caballo! ¡Apuntadle a la panza! —se desgañaba Termodosa, cojeando entre sus camaradas.

Así era imposible. Si no quería que las flechas les alcanzasen, Hipónoo debía cambiar de táctica. Eso hizo. Desde una altura fuera del alcance de las amazonas, y favorecido por los rapidísimos vuelos de Pegaso, fue cogiendo rocas del monte cercano y las dejaba caer una y otra vez sobre las desconcertadas arqueras, que no encontraban modo de defenderse. Los cadáveres se acumulaban, sepultados bajo montañas de piedras y pronto estuvieron tan diezmadas que las pocas que aún quedaban vivas se dieron a la fuga.

—A quien os pregunte, decid que Belerofonte os ha liberado —les ordenó Hipónoo a las mujeres secuestradas—. ¡Id y contad que el asesino de Belero ha vencido a las amazonas y ha librado a Licia de su yugo!

Las mujeres celebraron la recobrada libertad, gritaron alabanzas al muchacho y al caballo, y emprendieron rápidas el regreso a sus casas.

Hipónoo y Pegaso llegaron a Janto antes de que el sol escondiese sus últimos rayos. El muchacho esperaba una bienvenida con honores, pero Yóbatos lo recibió esta vez muy descontento. El rey ya sabía por el



viejo mercader de su victoria sobre los sólimos y ahora supo de primera mano que también había logrado vencer a las amazonas, pero nada de eso bastó para que le acogiese con agrado. Todas las proezas del joven beneficiaban a su reino, pero ver que había sobrevivido a cuantos peligros lo había expuesto, le irritaba. Debía acabar con él, fuera como fuese, no quedaba más remedio.

Así que le encomendó una nueva misión: eliminar a una banda de piratas carios encabezados por un tal Quimároo, un guerrero sanguinario y engreído, que navegaba en un barco adornado con un mascarón con la efigie de Afrodita y una popa<sup>22</sup> con la forma de una serpiente. Y, no contento con eso, para asegurarse de que Hipónoo moría de una vez, aún mandó a los guardias del palacio para que le tendieran una emboscada por si acaso lograba regresar.

Nada dio resultado. Hipónoo hundió el barco de los piratas a pedradas y se deshizo sin dificultad de los guerreros de Yóbates. Pero lo peor de todo fue que ahora Hipónoo sí se mosqueó. Ya le había disgustado, incluso afligido, la falta de gratitud del rey cuando venció a sólimos y amazonas, aunque le disculpó. Prefirió creer que su comportamiento se debía a las preocupaciones propias del cargo y al agobio provocado por el exceso de enemigos. Sin embargo, que hubiese enviado contra él a los propios guardias de palacio, le hizo comprender por fin que Yóbates pretendía su muerte.

—¡Posidón! —gritó muy enfadado, en un arrebato de rabia—. Si es cierto que tú eres mi padre, suplico tu venganza. ¡Inunda esta tierra desagradaecida!

Dicho esto, Hipónoo desmontó de Pegaso y marchó a pie hacia el palacio de Yóbates. Y, de repente, una ola gigante bramó a sus espaldas devastando todo a su paso. Bosques, caminos y aldeas fueron en-

---

<sup>22</sup> Parte trasera de una embarcación.



gullidos. Los animales y los hombres huían horrorizados.

Como monstruosa marea viva, la montaña líquida avanzaba al paso del muchacho con una fuerza descomunal e indetenible. Todas las mujeres de la ciudad, temiendo que sus hogares acabasen arrasados, corrieron a ofrecérsele con tal de que se aplacase y detuviese la destrucción. Entonces Hipónoo, admirado por la valentía de las mujeres, se compadeció de ellas. Alzando una mano hacia la marea, pidió a Posidón que detuviese las aguas y continuó solo a ver al rey.

—¿Para matarme me acogiste en tu casa? —le preguntó, en cuanto se lo echó a la cara—. ¿No te he servido bien? ¿No he sido leal contigo y con tu reino? ¿Entonces, por qué quieres matarme, Yóbates?

El rey, que acababa de presenciar la compasión de Hipónoo, se sentía avergonzado. No era capaz de articular palabra.

—¡Déjale que lea la carta! —le sugirió el viejo Polido, con su risilla burlona.

—Perdóname Hipónoo —se disculpó sinceramente Yóbates, dándole a leer la carta de Preto—. Solo cumplía el deseo de mi yerno y con mis obligaciones como padre.

Hipónoo por fin pudo comprender. Leyó:

*Te ruego que elimines de este mundo al portador de esta carta. Es un hombre desleal. Lo recibí en mi corte con el trato que exigen las leyes de la hospitalidad. Las mismas leyes que me impiden matarlo yo mismo. Ha tratado de violar a mi esposa, tu hija.*

—Dile que no es verdad lo que pone ahí —le animó el adivino.

—¡No lo es! —afirmó Hipónoo—. Como bien sabes, Yóbates, llegué como suplicante al reino de Preto y fui acogido con generosidad. Tu hija Antea, su es-



posa, se enamoró de mí y me propuso que huyésemos juntos. Es una mujer hermosa. Pero la rechacé. Mi lealtad a Preto estuvo siempre por encima de cualquier deseo personal.

—¡A saber lo que ella le contó a su marido! —se rio Poliido, una vez aclarado el malentendido—. Debiste creerme, Yóbates. Te dije que este muchacho no era malo.

—¡Ay! ...Yo sé que no es malo —suspiró Filónoe, mirando larga y tiernamente a Hipónoo.

\* \* \*

Pero aquí no acabó esta historia. ¡Qué va! Yóbates se portó al fin como un hombre justo. Agradeció los servicios recibidos de su huésped y lo purificó en el templo de Atenea, siendo así perdonado por el fratricidio de Belero y librado del acoso de las Erinias. Hipónoo adoptó definitivamente el nombre de Belerofonte, heredó el trono de Licia, se casó con la ingenua Filónoe, engendraron juntos a dos chicos y una chica y vivieron en paz algún tiempo. Pero nuestro héroe comenzó a añorar su pasada vida de aventuras y se convirtió en un tipo tan vanidoso que un día quiso subir al Olimpo montado en Pegaso y convertirse en dios. Y, claro, tamaño chulería no le gustó nada a Zeus, que decidió castigarlo de la forma más humillante que se le ocurrió: hizo que un tábano<sup>23</sup> picara a Pegaso para que se encabritase y tirase al jinete. El tremendo costalazo dejó a Belerofonte lisiado para el resto de su vida. Se cuenta que desde entonces, excepto Apolo, nadie ha vuelto a montar al fascinante caballo alado.

Ah, por cierto, el viejo Poliido no poseía el poder de la resurrección; pero el que los demás lo creyeran,

---

<sup>23</sup> Insecto parecido a la mosca, pero de dos a tres centímetros de longitud. Molesta con sus picaduras principalmente a las caballerías.



además de divertirse mucho, le proporcionó una vida llena de comodidades.

También he sabido que el coloso que vio Belerofonte cuando llegó a Rodas era mucho mayor, el doble al menos, que el que construyó el arquitecto Carres de Lindos en el mismo lugar, mil años después, y que fuera considerado una de las Siete Maravillas del Mundo Antiguo.